



A 80 AÑOS DEL INSTITUTO: RIGOR Y CONSTANCIA

Sergio García Ramírez

Hay un largo camino entre el Instituto que conocí y el que hoy me sigue brindando hospitalidad humana y académica. En ese camino existe una línea persistente, bien trazada: rigor y constancia. Miro hacia el antiguo Instituto de Derecho Comparado, luego de Investigaciones Jurídicas, con su reducido equipo de colaboradores. Y vuelvo la mirada hacia el organismo dotado con un buen número de institutenses en el triple universo —que es, en realidad, uno solo— de los investigadores, los técnicos académicos y los trabajadores administrativos. Crecimos y nos multiplicamos.

Esa mirada que cubre el pasado y el presente, y se atreve a suponer el porvenir, me dice que perseveramos y avanzamos. Herederos de una estupeñada tradición, los institutenses de hoy se esfuerzan con amor y denuedo en construir el Instituto del futuro, que heredarán otras generaciones dispuestas a llevar adelante el rumbo y la condición de nuestra casa común. Cumplirán con rigor y constancia.

Libres y diversos, con la misma figura que ha perdurado en la gran Universidad de la nación, los académicos del Instituto mantenemos nuestra pluralidad, abrigada por nuestra unidad. Ocurrió en el pasado, sin quebranto que extraviara nuestra marcha. Sucede hoy. Confiamos en que así será en el tiempo que venga. Y todo ello —pluralidad y unidad— asegurado con el rigor y la constancia que identifica nuestra presencia y define nuestra conducta personal e institucional.

En medio de circunstancias variadas, a menudo inciertas y desafiantes, el Instituto aloja a una comunidad en la que imperan —sin perjuicio de la diversidad, que respetamos con profunda convicción— la civilidad académica y el cumplimiento de los objetivos que caracterizaron la fundación y el desarrollo de nuestra Universidad: estudiar los problemas de México, asociados a los grandes temas de la humanidad, y emprender soluciones cimentadas en la razón y encaminadas al bien común. Las expresiones pueden ser diversas, pero las intenciones se resumen en una sola, compartida y generosa.

El Instituto se ha renovado merced a la concurrencia de diversas generaciones y a sabiendas de que los relevos —al amparo de una ley de vida, inexorable y universal— garantizan la vitalidad y la continuidad. La obra común discurre en nuestros cubículos, aulas, auditorios, biblioteca. Se multiplican los coloquios, los cursos y los congresos. Se abren nuevos espacios para la difusión de las investigaciones y la recepción de los vientos que llegan de otras latitudes. Cumple el posgrado y avanza la difusión del conocimiento; es decir, marchamos en la línea persistente de los fundadores: rigor y constancia. En las horas de ayer, renovación; en éstas, también.

Así observo cada mañana las sucesivas mañanas de nuestro Instituto, abierto y activo, diligente y comprometido. Instituto presente en el debate de las ideas y los proyectos. Instituto laborioso y propositivo. Instituto fortalecido con la pluralidad de su comunidad y la libertad del pensamiento que se expresa en alta voz, sin agravio ni recelo. Instituto que asume con alegría la prosperidad, afronta con vigor la adversidad y resuelve con entereza su destino. No habría mejor manera de aplicar el rigor y la constancia que ha permitido al Instituto cumplir 80 años de vida y a los institutenses los años que cada quien lleva a costas, todos con el imbatible propósito de aportar a la hospitalidad y a la grandeza de nuestra casa común.